

brazo izquierdo, mientras con la mano derecha sujetaba el cigarrillo, que entre la selva de la barba negrísima, apenas atravesada por hebras de plata, semejaba un carbunco en medio de la obscuridad.

No se necesitaba mucho en aquel tiempo para ser maestro; bastaba con saberse de coro el catecismo, el *Freuli*, un poquito de gramática, de aritmética hasta la regla de aligación y tener ¡eso sí! un carácter de letra tomado directamente del muestrario que para constante ejemplo de los pósteros dejó aquel portento de la caligrafía que se llamó don Torcuato Torio de la Riva. Pero en cambio se habían menester las cualidades extraordinarias de un Napoleón, ó mejor las de un Empecinado, para dominar y mantener en orden á aquella chusma, á la cual de seguro excedería en número la que el cura Hidalgo revistó en los campos de Celaya; pero no en artera malicia, en desenfado truhanesco y en ingénita y nunca vista travesura. Sin embargo, cuando el don Calixto cogía la cuarta con cabo de plomo que lo acompañaba en todas sus labores, *conticuere omnes*, se podía oír el vuelo de una mosca, el crecer de la yerba, la música de las esferas. Entonces empezaba su tarea verdaderamente majestuosa é imponente: los mayores escribíamos al dictado en los *pizarrones* negruzcos: *los vientos*, con v consonante; *del sur*, coma; *que en aquellas*, con ll; *abrasadas regiones*, con s y g; *son muy frecuentes...* Cuidado, Zaragoza... Quieto, Piña...